

¿CÓMO ENCAJÓ JESÚS EN SU PROPIA SOCIEDAD JUDÍA?

Los historiadores y los escépticos han tratado de diferenciar lo auténtico de lo inventado en lo que se refiere a determinar lo que «el verdadero Jesús» realmente dijo e hizo. Al tratar de distinguir entre el «Jesús de la historia» (es decir, el Jesús que vivió realmente) y el «Cristo de la fe» (lo que los cristianos llegaron a creer de Él), algunos han separado completamente a Jesús de la influencia del judaísmo en el que creció y del cual formaba parte. Los miembros del Seminario sobre Jesús, por ejemplo, insisten en que Jesús tiene que ser interpretado en el contexto del helenismo (la cultura griega), más que del judaísmo. Esto es extraño, pues Jesús fue un judío que, por lo que sabemos, nunca salió de Palestina durante toda Su vida adulta.

En lugar de esperar que Jesús difiriera radicalmente de Sus contemporáneos judíos, esperaríamos que estuviera fuertemente influenciado por el judaísmo y lo reflejara en Sus propias enseñanzas y prácticas. Del mismo modo, esperaríamos que los comentarios en los evangelios acerca de Él reflejen su condición de judío. De hecho, eso es exactamente lo que encontramos en los evangelios. Jesús es descrito en el contexto del judaísmo de Su propia época como un judío practicante que definitivamente examinaba los asuntos a Su propia manera.

Tenemos que preguntar, «¿Cómo encajó exactamente Jesús en la sociedad judía en la que vivió?». ¿En qué medida y de qué maneras reflejó Su herencia judía? ¿En qué medida y de qué maneras difirió de ellas? No podemos esperar tener una idea histórica clara de Jesús hasta que tengamos algún tipo de respuesta a estas preguntas. Afortunadamente, los evangelios nos ofrecen mucha información—al igual que lo hacen otras fuentes de la época, tales como los escritos de Josefo.

I. LA FE JUDÍA DE JESÚS

¿Qué indicios tenemos que nos digan que

Jesús era, de hecho, un judío piadoso que se aferró fuertemente a las creencias básicas del judaísmo? Incluso una lectura superficial de los evangelios revela que Jesús consideraba los eventos registrados en las Escrituras hebreas como reales. A menudo hizo referencias a las enseñanzas y eventos antiguotestamentarios y a las vidas de varios personajes mencionadas allí de una manera que sugiere la plena aceptación de la realidad y validez de los mismos (vea por ejemplo, Mateo 11.20–24; 12.1–8; Marcos 10.17–22; 12.24–27). Además de lo anterior, Jesús mostró un profundo respeto por las Escrituras mismas, como lo demuestra la manera en que las había citado. En Lucas 4.1–13, Jesús respondió a las tentaciones de Satanás diciendo: «Escrito está...», seguido por citas de Deuteronomio. En el Sermón de las bienaventuranzas, manifestó Su intención de cumplir, no abolir, la Ley y los Profetas. Declaró que todo lo escrito en ellos tiene que ser cumplido y advirtió contra flexibilizar hasta el más pequeño de los mandamientos (Mateo 5.17–19). Lucas 4.16 registra la asistencia de Jesús a la sinagoga de Su pueblo natal de Nazaret, donde participó en la reunión dando la lectura de los profetas.

La narración de ese mismo episodio en Lucas 4 dice: «... y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre», indicando que Jesús acostumbraba ir a la sinagoga. Mateo 17.24–27 indica que Jesús pagó el acostumbrado impuesto de medio siclo que se cobraba para el sostenimiento del templo. Además, Jesús se adhirió a los requisitos de la Ley al ir al templo durante la época de la Pascua y participó en la cena pascual con Sus discípulos. Hay indicios de que Jesús reconoció muchas de las instituciones judías de Sus días, aunque no estuvo plenamente de acuerdo con todas ellas (Mateo 23.1–3).

Jesús fue un practicante judío devoto; sin embargo, ¿dónde se situaba en el judaísmo de Su época?

II. EL TRASFONDO DE LAS CREENCIAS EN COMÚN DE LOS JUDÍOS

Las características en común del judaísmo del siglo primero d. C. separaba a los judíos de otros pueblos del mundo antiguo. ¿Cuáles fueron estas características?

El monoteísmo

El término «monoteísmo» significa simplemente la creencia de que hay únicamente un Dios. El pueblo judío fue el único entre los pueblos antiguos en creer en un solo Dios, y no en un panteón de deidades que controlaban diferentes partes del universo y que a menudo estaban en conflicto entre sí. (Un faraón en Egipto impuso un breve período de religión monoteísta; sin embargo, únicamente duró el tiempo que él vivió.) Esta perspectiva única del judaísmo se expresó en los versos conocidos como la *Shema*. «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas» (Deuteronomio 6.4, 5). Este credo fundamental lo recitaban los judíos devotos dos veces al día. Reflejaba el primero de los «Diez Mandamientos»: «No tendrás dioses ajenos delante de [es decir, además de] mí» (Éxodo 20.3; Deuteronomio 5.7).

Lo que hace que el monoteísmo del pueblo judío sea más notable a lo largo de los años es el hecho de que los demás en el mundo antiguo sencillamente adoptaban los dioses de cada quien como propios—una práctica conocida como sincretismo. El forzar el sincretismo constituyó uno de los métodos comunes para someter a los pueblos conquistados, y los judíos habían sido conquistados a lo largo de su historia por muchas potencias extranjeras. En general, se resistieron a esta tendencia, aunque—como lo demuestran los profetas—a veces, cayeron presa de ello (Jeremías 2.4–13; Ezequiel 8.7–18; vea 1º Reyes 18.1–46). La denuncia profética en contra de adorar a dioses extranjeros es evidencia de las fuertes creencias monoteístas judías.

La elección

Teniendo como base el pacto de Dios con Abraham (Génesis 12 y 15), el pueblo judío se vio a sí mismo como un pueblo particularmente elegido mediante el cual Dios actuaría para traer la salvación al mundo. Su historia fue la historia de las obras redentoras de Dios en Su mundo. Esta convicción condujo inevitablemente a un sentimiento de exclusividad que incluyó un temor a la mezcla racial y religiosa. Esta preocupación se acrecentó durante el exilio en Babilonia y justamente después del mismo, cuando el permanecer como un pueblo separado

llegó a ser un asunto no solamente de teología, sino también de supervivencia. Los libros antiguotestamentarios de Esdras y Nehemías muestran cómo funcionó esta convicción en situaciones bastante prácticas del período posterior al exilio.

Este fuerte sentido de elección y de la exclusividad que lo acompañaba se hace evidente en los evangelios en los conflictos entre judíos y samaritanos. El origen de los samaritanos no es del todo claro, sin embargo, aparentemente surgieron del matrimonio interracial entre judíos dejados atrás en Palestina durante el exilio y sus vecinos gentiles. Una vez que regresaron los judíos que habían sido exiliados, después de haber sobrevivido al mantener de una forma estricta su identidad judía en un país extranjero, estos se horrorizaron al ver que los que habían quedado rezagados abdicaran de ella con tanta facilidad. Lo que dio como resultado fueron siglos de hostilidad, desconfianza y rechazo. Los samaritanos, viéndose excluidos del templo reconstruido de Jerusalén, se apartaron del judaísmo propiamente dicho y establecieron su propio santuario rival en el Monte Gerizim al norte de Palestina («Samaria»). Este hecho se encuentra como contexto de la conversación entre Jesús y la mujer samaritana del pozo en Juan 4. También le da un tono enérgico a la parábola de Jesús acerca del buen samaritano. La idea misma en cuanto a que un miembro de una raza despreciada haría lo correcto, cuando un sacerdote y un levita judío se habían negado a hacerlo, era impactante. La existencia del conflicto entre judíos y samaritanos atestigua la importancia del sentido judío sobre la vocación y elección como pueblo exclusivo de Dios que eran.

La Ley

Desde los días de la salida de Egipto y la entrega de los Diez Mandamientos, la Ley jugó un papel central en la fe y la vida cotidiana de los judíos. Después de la destrucción del templo por los babilonios en 586 a. C., la Ley se convirtió en una obsesión nacional. Hay dos razones para esto. En primer lugar, la Ley podía ir a donde fueran ellos. Con su templo destruido y al no tener sacerdocio para que les ministrara en un país extranjero, los exiliados todavía tenían la Ley para proporcionar estabilidad y orientación. En segundo lugar, la observancia estricta de la Ley separó a los judíos de los demás, asegurando así su supervivencia como pueblo que eran, dondequiera que estuvieran. Esto fue especialmente cierto de las leyes relativas a la circuncisión, a los alimentos puros e impuros y a la observancia correcta del día de reposo, ya que

estas prácticas eran en gran medida características del judaísmo.

Esta atención intensificada puesta en la Ley durante y después del exilio podría explicar el surgimiento de la institución conocida como la sinagoga. Aunque nunca se mencionó en el Antiguo Testamento, la sinagoga era algo aceptado de la vida religiosa y comunitaria de los judíos para los días de Jesús. Aparentemente, las sinagogas surgieron como lugares para la oración, el estudio de la Ley y la adoración, cuando los judíos fueron exiliados de su patria. Eventualmente se esparcieron incluso dentro de Palestina, ya que por un tiempo no hubo templo. Llegaron a estar controladas por la clase de los maestros conocidos como los rabinos, que fueron reconocidos expertos de la ley.

El templo

El templo de Jerusalén era el centro del sistema judío de sacrificios y de la celebración anual de las diversas festividades requeridas por la Ley. El sacerdocio funcionaba en el templo, supervisando los sacrificios. Por lo tanto, tuvo una importancia fundamental para todos los judíos. Tenían únicamente un templo, donde los sacerdotes que estaban a cargo ofrecían sacrificios. (Las sinagogas, en cambio, eran muchas y eran administradas por principales de sinagoga y maestros de la Ley, no por sacerdotes; no se ofrecían sacrificios en ellas.)

A pesar de su importancia central para prácticamente todos los judíos (y hasta cierto punto por causa del mismo), el templo fue también el centro de agudas controversias dentro del judaísmo. Durante el período romano, los sumos sacerdotes fueron nombrados por los romanos para garantizar la cooperación con las autoridades dominantes. Estos líderes eran a menudo poco calificados, si acaso, y con frecuencia estaban involucrados en intrigas políticas y violaciones graves a las normas de la Ley. Como resultado, algunos grupos judíos, como los esenios, renunciaron al templo y a su sacerdocio por su irremediable corrupción y rehusaron relacionarse con el mismo.

La era que venía

Después de siglos de dominación extranjera, los judíos de Palestina del primer siglo esperaban un tiempo en que Dios derrocaría a sus opresores y restauraría a la nación a su antigua gloria e independencia, como en los días de David y Salomón. Muchos esperaban que esta «era dorada» fuera inaugurada con la venida de un líder especial conocido como el Mesías («El ungido»). Entre los que creían en un Mesías, había muchas ideas en cuanto

a Su identidad, sin embargo, la mayoría esperaba un rey guerrero, una especie de «segundo David», que derrocaría el dominio romano y restauraría a Israel a la prominencia. Independientemente de sus puntos de vista mesiánicos, la mayoría de los judíos esperaban «la restauración de Israel» (llamada «la consolación de Israel» en Lucas 2.25) y la llegada de «el reino». Estos eventos anticipados habían de traer días de gloria e independencia.

Piedad personal

Además de los sacrificios prescritos en el templo y las grandes fiestas públicas y de la adoración en la sinagoga, los judíos tenían maneras en común para expresar su devoción personal a Dios. Estas giraban en torno a tres actos principales de piedad, a saber: la oración, el ayuno y el dar «limosnas» (dar a los pobres). En el Sermón de las Bienaventuranzas, Jesús destacó estos tres actos con el fin de resaltar que la devoción a Dios no debe ser convertida en un espectáculo (Mateo 6.1–18).

Las anteriores son algunas de las principales creencias y prácticas que tenían en común los judíos en la época de Jesús. Teniéndolas en mente, echemos un vistazo a las formas en que los judíos también diferían entre sí.

III. EL TRASFONDO DE LA DIVERSIDAD Y LOS CONFLICTOS DE LOS JUDIOS

Sabemos ahora que los judíos del primer siglo diferían considerable y fuertemente entre sí. El judaísmo de la época de Jesús se caracterizó por tener una amplia diversidad. Existían varios grupos identificables, cada uno con su propio enfoque en cuanto a interpretar y guardar la Ley.

Los grupos

1) *Los fariseos*. Los fariseos son el grupo judío más frecuentemente mencionadas en los evangelios, sobre todo porque a menudo se opusieron a Jesús en cuestiones tales como el día de reposo y las regulaciones de las leyes en cuanto a mantenerse puros. Como resultado, de ellos tenemos una imagen generalmente negativa (aunque no de forma exclusiva). Josefo dice que había unos seis mil fariseos y que eran muy influyentes sobre las personas ordinarias. En su mayoría, eran pequeños comerciantes de clase media.

Su principal interés era guardar la ley. Con objeto de protegerla, practicaban lo que ellos llamaron «poner un cerco» en torno a la Ley, adaptando las normas de modo que fueran aun más estrictas que la Ley misma. La idea era que si alguien no cruzaba la «cerca», tampoco quebrantaría la Ley propiamente

dicha. Los fariseos incluyeron en su definición de «la Ley», no únicamente la ley escrita de Moisés del Antiguo Testamento, sino también su «tradición oral», a veces llamada «las tradiciones de los ancianos». Creían en la resurrección de los muertos, en la vida después de la muerte y en la existencia de ángeles y demonios (vea Hechos 23.8).

2) *Los saduceos*. Los miembros del otro grupo importante del judaísmo del primer siglo, los saduceos, eran de la clase alta. Esta secta incluía a sacerdotes que ministraban en el templo. En tanto que los fariseos eran más populares entre las personas ordinarias, los saduceos tenían el control del templo y sus actividades. A diferencia de los fariseos, que se resistieron firmemente a las influencias helenísticas, los saduceos estaban dispuestos a hacer concesiones, lo que a su vez los expuso a la sospecha de parte del judío promedio.

Teológicamente hablando, los saduceos tenían una visión mucho más restrictiva de la Ley que la que tenían los fariseos. Aceptaron como plenamente autorizada solo a la Torá (que significa «instrucción»), a saber: los libros del Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Rechazaron la tradición oral de los fariseos y los conceptos de la vida futura, los ángeles y los demonios. Esto se refleja en la pregunta que unos saduceos le plantearon a Jesús en Lucas 20.27–40.

3) *Los esenios*. Como se mencionó anteriormente, algunos judíos consideraban el templo y su sacerdocio como irremediablemente corruptos. Por esta razón, se apartaron de la corriente dominante del vivir judío—al menos de lo que giraba en torno al templo. Los esenios eran uno de esos grupos. Aunque hay evidencia de un «barrio esenio» en Jerusalén de la época de Jesús, la comunidad esenia más conocida es la que existió en Qumrán, a orillas del Mar Muerto. Se cree que estas personas produjeron los Rollos del Mar Muerto, los cuales nos ofrecen la oportunidad de comprender bastante bien las creencias y prácticas de los escritores.

Los esenios no se mencionan por nombre en el Nuevo Testamento, sin embargo, Josefo los describió. Una posible alusión a los mismos puede encontrarse en Mateo 5.43, donde Jesús dijo: «Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo». En ningún lugar del Antiguo Testamento dice «aborrecerás a tu enemigo», sin embargo, era una enseñanza de los esenios; así que puede que Jesús haya estado refiriéndose a los mismos.

4) *Los zelotes*. Debido a la ocupación romana, algunos nacionalistas judíos fervientes habrían hecho cualquier cosa para derrocarlos. Estos na-

cionalistas son conocidos como los zelotes, y su meta principal era «la restauración de Israel» a la independencia política. Algunos estaban dispuestos a recurrir a la revolución y al asesinato con el fin de alentar tal objetivo.

Puede que los zelotes hayan sido un grupo separado dentro del judaísmo, de lo contrario, estos «celosos» podrían haber sido fariseos. Pablo se describió como alguien «mucho más celoso de las tradiciones de mis padres» (Gálatas 1.14) y «en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia» (Filipenses 3.6); sin embargo, ninguno de estos versículos hablan específicamente de un fanatismo político. La evidencia para considerar a Pablo como zelote es muy débil. Sin embargo, uno de los discípulos de Jesús es llamado «Simón [no Pedro] ... llamado [el] Zelote» (Lucas 6.15), sugiriendo que podría haber sido en algún momento un líder rebelde o por lo menos haber participado activamente en el movimiento zelote. Esto es aún más intrigante si tenemos en cuenta que otro de los discípulos de Jesús fue Mateo (Leví) el recolector de impuestos—precisamente el tipo de judío que podría haber sido blanco de un asesinato zelote.

5) *Los herodianos*. Como su nombre lo indica, estos eran judíos prominentes (y presumiblemente ricos) que apoyaban las políticas cordiales de Roma en cuanto a usar reyes judíos títeres. En Marcos 3.6, dice que se habían alineado con sus enemigos, los fariseos, en contra de Jesús. Mateo 22.15, 16 dice que los herodianos intentaron sorprender a Jesús con una pregunta sobre la validez de pagar tributo al César. Esta habría sido una preocupación típica de los herodianos, y tuvo que haber parecido una manera perfecta de desacreditar a Jesús, a saber: Si decía «sí» a los impuestos, perdería el favor del pueblo; si decía «no», entonces tendrían motivos para una acusación civil contra Él ante las autoridades romanas.

6) *La gente de la tierra*. La población general de Palestina, en otras palabras, la gran mayoría de la gente, no pertenecía a ninguno de los grupos anteriormente mencionados. Llamados los *am ha-arets* (אֲמֵי הָאָרֶץ, «gente de la tierra»—obviamente no un cumplido) por sus contemporáneos más ricos y teológicamente más astutos, fueron las clases pueblerinas cuya principal preocupación en la vida era la supervivencia. No tenían tiempo para las disputas de los fariseos acerca de la Ley ni las intrigas políticas de los saduceos y los herodianos. La mayoría de los seguidores de Jesús parecen haber salido de este grupo, probablemente porque de otra manera no tenían esperanza ni nada que perder en cuanto a poder y riqueza terrenal se refiere.

¿Qué era Jesús?

¿Dónde se ajustó Jesús en esta variedad de creencias y prácticas del judaísmo? ¿Fue Él miembro de alguno de estos grupos, o se mantuvo al margen de todos ellos?

Jesús no era un zelote, ya que nunca abogó por el derrocamiento violento de Roma y enseñó conceptos no zelotes tales como amar a nuestros enemigos. Tampoco era un herodiano (ya que no tenía la riqueza ni la influencia política), y no pertenecía a la clase sacerdotal, así que no fue saduceo. La idea de que Jesús y su primo Juan el Bautista fueran esenios se basa principalmente en el hecho de que no encajan en las demás categorías y de que ambos denunciaron, vehementemente a veces, la corriente dominante del judaísmo (Lucas 3.7–14; Mateo 23.1–39). En realidad, la teología de Juan y de Jesús se antepone fuertemente a la de los esenios, por lo que es muy poco probable que cualquiera de ellos formara parte de ese grupo.¹

Debido a la hostilidad entre Jesús y los fariseos, según se documenta ampliamente en los evangelios, puede que nos inclinemos a deducir que tenía poco en común con ellos. Sin embargo, esta suposición es errónea. Jesús compartió con los fariseos un fuerte respeto por la Ley (Mateo 5.17–19), a pesar de que los acusó de no cumplir con el espíritu de la Ley (Mateo 5.20; 23.16–28). En Mateo 23.1–3, encontramos un sorprendente respeto para con el liderazgo religioso de los fariseos, pues dice: «En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen». Lo que Jesús denunció fue el fracaso de los fariseos de vivir a la altura de sus enseñanzas, no las enseñanzas mismas. Del mismo modo, Jesús claramente estuvo del lado de los fariseos contra los saduceos en la defensa del concepto de la resurrección y de la vida después de la muerte (Lucas 20.27–40). También compartió la creencia de ellos en cuanto a la existencia de ángeles y de demonios. (Habló de los ángeles en Lucas 20.36, y encontramos numerosas narraciones

¹ Esto se explica en «The Dead Sea Scrolls and the Historical Jesus» (Los Rollos del Mar Muerto y el Jesús histórico), el primer capítulo de James H. Charlesworth, ed. *Jesus and the Dead Sea Scrolls (Jesús y los Rollos del Mar Muerto)* (New York: Anchor Bible Reference Library, Doubleday, 1992).

de cuando Jesús sacaba fuera a demonios.) A veces, Jesús interactuó con los fariseos socialmente y en términos bastante amistosos (Lucas 7.36; 11.37; 14.1). «Unos fariseos» le advirtieron a Jesús que Herodes tenía la intención de matarle (Lucas 13.31) y Jesús elogió a un escriba (es de suponer que también fariseo) diciéndole: «No estás lejos del reino de Dios» (Marcos 12.28–34). Un fariseo se pronunció defendiendo a Jesús y más tarde, junto con otro miembro del Sanedrín (el consejo de gobierno judío), se ocupó del entierro de Su cuerpo (Juan 3.1; 7.45–52; 19.39, 40).

Por supuesto, Jesús difería de los fariseos de manera significativa, tal como se revela sobre todo en las numerosas «historias conflictivas» que encontramos en los evangelios sinópticos. Mientras que los fariseos eran celosos de proteger el día de reposo, prohibiendo numerosas actividades no especificadas en la ley de Moisés, Jesús puso la observancia del día de reposo en segundo lugar después de que fueran satisfechas las necesidades humanas (Marcos 2.23–3.5; Lucas 13.10–17). Criticó los escrúpulos dietéticos de los fariseos, argumentando que no es lo que una persona come lo que hace que esta sea inmunda, sino lo que viene de adentro (Marcos 7.14–23). No les dio ningún valor a las tradiciones orales de ellos, cuando entraban en conflicto con el objetivo de la ley de Moisés.

Si bien las opiniones de Jesús en muchos aspectos se asemejaron estrechamente a las de los fariseos, es poco probable que fuera uno de ellos. Sus antecedentes familiares y la tendencia a identificarse con los pobres y marginados no eran nada propio de los fariseos (vea Lucas 15.1, 2). Probablemente debemos concluir que Jesús fue una de las personas ordinarias, «gente de la tierra»; sin embargo, de una manera muy poco común. Esto no quiere decir que Jesús tuviera un origen judío «secular». Por el contrario, Sus mismos padres eran practicantes devotos judíos, como se observa sobre todo en las historias de Su nacimiento (Mateo 1; 2; Lucas 1; 2).

CONCLUSIÓN

En lugar de tratar de entender a Jesús independientemente de Su origen judío, tiene aún más sentido que aprendamos todo lo que se pueda acerca de ese contexto y luego comprendamos a Jesús con relación al mismo. Después de todo, Jesús el Mesías fue antes que nada, Jesús el judío. ■

Autor: Tommy South
©Copyright 2008, 2010, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados